LA MUSICA POPULAR MURCIANA VISTA POR UN ESCRITOR



MURCIA 1967

Quizás la rapidez con que me obligara el Presidente del Orfeón "Fernández Caballero", mi buen amigo Joaquín Esteban Mompeán, y la reiterada insistencia, casi obsesiva, de mi no menos buen amigo Abraham Ruiz Jiménez, a que les diera el título de esta charla, hizo que se deslizara en él un error verbal o de sentido. De sentido gramatical y biológico. De ahí que se haya titulado "La música popular murciana vista por un escritor"; cuando hubiera sido más exacto titularla "La música popular murciana oída por un escritor". Una vez hecha esta pequeña, preambular, aclaración, quisiera confesaros mi absoluta ignorancia sobre técnica musical; incluso mi desesperante incapacidad para traducir a sonidos exactos, rítmicos, acompasados, la música, que por otra parte "oigo" con claridad. No sé si me expreso. Yo "oigo" por dentro, en el cerebro, en el corazón, en el alma en definitiva, con certeza, con meridiana armonía. Aún más, cuando el Orfeón dá un recital, cuando una orquesta toca un concierto, si alguna, rara vez, hay un desafinamiento en una voz, una entrada a destiempo de violines u de oboes, lo percibo con singular perspicacia. Pero luego, soy totalmente inepto ni aun en los to-

หลัง (การ และกับ ครามเมื่อแบบไปการของสังกับสาม สำหรับปี สารของสังกับสาร ใช้กระการได้รับ เสราช เมื่อวิเทศ ขายสารที่ การของสารที่

entre en sidentification est de la libración d La libración de la libración d

Structure and a little of the community of the strain of t

าสุดทางเล่นระ จากที่สุดสาร โดยสาราชานารับ ราย สาราสาราชานาราชาติการาชานาราชานาราชานาราชานาราชานาราชานาราชานารา

egyppo gregoge or ogypereddeth oud râfdad i'r e

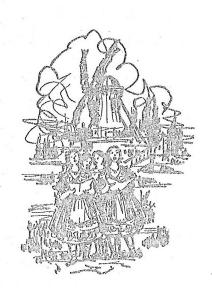
nos más bajos, más íntimamente familiares (esa canción de moda que todos cantamos mientras nos afeitamos) para traducir verbalmente al exterior, sonidos ajustados a la melodía que, interiormente, me gustaría cantar.

No espereis, por tanto, ningún descubrimiento en el orden artístico, ni el más leve magisterio musical en esta charla. Sí, quisiera "cantar" la emocionante sensación que percibe un hombre que ama apasionadamente a Murcia, a su arte, a su paisaje, a su música, cuando camina por el mundo con los ojos y los oídos abiertos, en afán de entender las cosas, y sobre todo de llegar a comprender, qué puntos de altura espiritual pueden tener los hombres, cuando se olvidan de las cosas que los separan para acordarse sólo de las cosas que los unen y la música, entiendo, puede unir a las almas, en un éxtasis sobrenatural y maravilloso.

Soy, entre otras cosas —unas que me ayudan a ganarme la vida, otras que me confortan y entretienen— escritor de afición. De vez en cuando, algún artículo en los periódicos —menos de los que quisiera yo, quizás más de los que quisieran los lectores— colma y calma mi necesidad de escribir. Este "hobby" —como se dice ahora—; me llevó un día a Holanda con el Orfeón, y esta afición también me hizo viajar un día a Madrid con los "Auroros". Posiblemente, de mis andaduras por tantos y tan lejanos lugares, hayan sido los dos viajes en los que se me ofreciera ocasión de oir música popular murciana, con el corazón más propiciamente abierto para captar toda su alegre y sentimental melodía. Dos ocasiones, y otra a la que luego me referiré, en las que el sentido literario estuviera más a pun-

to, más tenso, para poder sacar una consecuencia emocional de esta música tan amada, con tanta reminiscencia en sus notas de este paisaje nuestro, barroco, de floridos huertos, de sonoras cañas, de trillos, de maternales nanas, de enamorado y esperanzador amor a la Virgen de la Fuente Santa.

MURCIA EN HOLANDA. EL ORFEON



A Holanda con el Orfeón "Fernández Caballero"; a Kerkrade, para participar en el "Musiek-concurs". No sé cómo empezó la aventura, la grande y venturosa aventura de aquel viaje. Creo que fue en el despacho de Miguel Romá. Lo que sí sé, es que ninguno sabíamos dónde estaba Kerkrade y que su búsqueda y localización —una apasionante localización a través de los viejos atlas olvidados, de los "michelines" novísimos, de los concretos "espasas"—, nos llevó algún tiempo y bastante trabajo. Kerkrade, junto a Mastrich, en Limburg, situado en la zona más meridional de Holanda, se nos ofrecía misterioso y lejano, con esa especial tentación que tiene siempre lo extranjero para los españoles.

Una y mil veces, en el antiguo despacho de la Caja de Ahorros, mientras la primavera ponía flores en el pequeño jardín de Vara de Rey, y el Orfeón, bajo la brillante dirección, entonces, de Manolo Massotti, ensayaba casi en sesión permanente, nosotros recorrimos sobre el mapa, con los índices temblorosos de incertidumbre, los caminos que, atravesando los fecundos viñedos de Francia y las húmedas tierras de Bélgica, nos habían de conducir hasta la orilla misma del Mosa.

La lluvia, casi permanente, de todo el Sur francés; la búsqueda de pan por las galas "boulangeries" donde se extrañaban que necesitáramos para almorzar, casi lo que ellos comen en una semana; el pellizco en el dedo de Marcili; la otoñal francesa, muy rubia pintada, muy fumando apoyada en la pared, que nos esperaba como intérprete en la rue de Vaugirard, en un hotel en donde, con gran escándalo del padre Juan, había servicios higiénicos en todas las habitaciones; y una interminable noche, casi perdidos por el Benelux, entre los altos montes de las minas de hulla, nos dieron anécdotas que ahora harían un libro de viajes delicioso.

Lo importante fue que llegamos, y que después de "tomar" como los antiguos Tercios, pero esta vez en misión de paz, posesión de las casas tan agradables, tan llenas todas de macetas y cortinas, de los buenos holandeses; en una noche memorable, el Orfeón cantó.

No me habría sido difícil buscar entre mis papeles, con la ayuda de Doloricas, el programa del concierto; ni preguntar a alguno de los orfeonistas, qué canciones se interpretaron exactamente; pero he preferido dejar intacto el recuerdo de todo un mundo de nostalgias; que continúe viva y fresca la memoria de aquella noche, sin remitirme a una nominación concreta de obras y de autores.

Porque allí, entre millares de holandeses que habían perdido el equilibrio y la ponderación, y que aplaudían y silbaban y hacían ruido de mil formas distintas, para demostrar su desorbitado entusiasmo, estuvo toda, absolutamente toda, la música popular murciana, adornada por la policromía maravillosa de nuestros trajes regionales bordados de lana y lentejuelas.

Allí estuvieron "las parrandas", con su oculta música de bandurrias y guitarras; con castañuelas marcando el ritmo con exacta y asombrosa precisión; y los dedos sonoros de los hombres, los dedos del arado y la azada, "repiqueteando" los tres estribillos de cada baile.

Allí, sobre el tablado, donde las mozas y mozos del Orfeón cantaban a Murcia y por Murcia, estuvieron "las torrás", las seguidillas del "pan torrao". Y "las del jó y já", el más antiguo baile de esta huerta inigualable.

Y "el zángano", con toda su hermosa coreografía amorosa, de dos mujeres y un hombre al que desean conquistar.

Y los golpes sonoros de los tacones en "las parrandas del tres". Y el lento, alargado "canto de la trilla", donde la última nota se prolonga, mientras dura el aliento; ese aliento poderoso de los huertanos que se hace eco entre los pinos de la Fuensanta o que sube hasta las altas cumbres de Carrascoy desde las dos Sangoneras.

Allí estuvo, asimismo, mientras tal vez la voz llegara hasta la cercana frontera alemana nuestro ritmo y nuestro gozo, "el paño", la canción nacida en el siglo XVIII, con lejana memoria de la malagueña huertana, pero acentuando la última nota del cuarto compás de cada frase y anticipando el acorde con que empieza el compás siguiente.

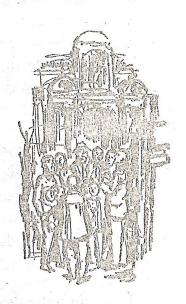
Toda la música popular murciana, en la noche holandesa, mientras nosotros, a los que nos estaba vedado cantar, pero que poseíamos el don inefable de poder escuchar, llorábamos entusiasmados, porque hubo un momento en que el aire, que se entraba por las ventanas del pabellón de conciertos, venía oloroso de jazmineros, perfumado de azahares.

San Servais, obispo de Tongré, desde su tumba de piedra silícea, en Mastrich, creo yo que aplaudía también al Orfeón "Fernández Caballero". Y no me extrañaría que aún, en la Feria de las Reliquias, se vendan cada año, entre sermón y sermón, alguno de los abanicos que nuestras muchachas dejaron allí, como presente de su maravillosa cortesía.

Faltaron a la cita, y no es extraño, porque si hubieran estado, Kerkrade aquella noche hubiera sido incendiado, quemado en una embriaguez de entusiasmo, a pesar de su cultura y de su ponderación, por el entendimiento musical de aquellas gentes, los "Auroros".

Sin embargo, sí estuvieron presentes en la convocatoria que un día, ya lejano, de los años cuarenta, les hiciera el Ministerio de Educación Nacional para tomar sus voces y sus canciones, en cinta magnetofónica.

MURCIA EN
MADRID.
LOS AUROROS



La historia es, que un día, me llamaron de Madrid para que eligiera la mejor "campana de Auroros" que existiera en Murcia y la invitara a desplazarse a la Villa y Corte, a fin de "hacer perdurables sus canciones" me dijeron, con una osadía sin límites, porque no había sido preciso, ni cintas magnetofónicas ni bandas sonoras, para que estuvieran aún intactas las salves y las correlativas, desde antes del 1650.

Pero, como hay un viejo verso administrativo que dice, que "en cuestiones de criterio, la razón la tiene siempre, el que está en el Ministerio", me fui a Monteagudo, cuya "campana" era la más preparada entonces, y de acuerdo con aquel hombre bueno, mejor murciano, artista insigne, que fue Antonio Garrigós, convencimos a los "Auroros" de Monteagudo para que se vinieran a la capital de las Españas.

Pero, antes de seguir adelante, me gustaría hacer una breve referencia a la historia y origen de estos grupos de hombres cantores, que parecen identificados con los, casi interminables, amaneceres murcianos. Referencia que he entresacado del interesantísimo "Cancionero" de Verdú y de una espléndida, documentada conferencia del doctor don José Pérez Mateos.

Durante la primera mitad del 1600, se fundó en Murcia la Cofradía de la Aurora, compuesta en su mayoría de huertanos, para dar homenaje y culto a la Virgen de la Aurora, cuya imagen se veneraba en la capilla del Rosario de la iglesia de Santo Domingo.

Antes de una misa, obligatoria para los cofrades los días de precepto, se rezaba el rosario ante el altar de la Virgen, y se cantaba esta melodía dulcísima:

> "San Francisco se perdió una tarde sus hijos llorosos le van a buscar, lo encontraron en el Paraíso, cogiendo las rosas del santo rosal".

Se cantaba a dúo y algún tiempo después en dos coros, sosteniendo cada uno de ellos la cuerda correspondiente.

Alfancacius obj. "Topak obj. "Totomib obj. certae es:

Pero fue tanto el número de cofrades que asistía a la misa, y tal el "des-concierto" de voces que se producía, que se hizo necesario que un hermano se pusiera en el centro de la capilla y que fuera marcando el compás a los dos coros, con una campana que había de tener "mango de madera, diámetro de unas cinco pulgadas y no exceder en peso de una libra" para hacer más fácil su manejo. Dos campanillazos anunciaban el comienzo del canto y una acentuación en sus toques señalaban el ritmo y el compás.

Los cánticos a dúo fueron sustituidos por otros a tres y cuatro voces, y el repertorio fue en aumento. Años más tarde, la Cofradía determinó obligatoria la asistencia de los cofrades a la salve de la noche del sábado.

A SANCE CONTRACTOR STREET AND A FIRST

"La Aurora" creció aún más, ingresando en ella personas de lo que hoy llamaríamos "buena sociedad" de la capital, y hombres significados e importantes de la huerta, en concepto de mayordomos.

din had at himships to a northic v

Algún grupo de cofrades, "auroros", divididos en secciones, recorrían los domicilios de estos mayordomos antes de sonar el toque de alba, haciendo" la despierta" y cantando para ellos diferentes salves, propias de cada momento.

Ya adivinaban, con su instinto finísimo, con su intuición, los huertanos, a Ortega, "y la circunstancia" de cada uno de los mayordomos, les determinaba a cantar salves "de difunto", "de ángel", "de enfermo"...

Desde 1684, que estuvo en España implantado el "toque de queda", la Cofradía no salió a la calle, limitándose sólo a su misa de alba en Santo Domingo; pero la calurosa madrugada del 27 de agosto del año del Señor de 1718, presenció por vez primera el Rosario de la Aurora, restableciéndose lo que se llamó "despierta de la Aurora".

Tras una procesión bajo las últimas estrellas, mientras un alba madrugadora se metía en Murcia saltando el horizonte de Monteagudo, los "Auroros" volvían a su misa de la capilla del Rosario, en la que desde el púlpito, un mayordomo rezaba en alta voz, contestando a coro todos los asistentes.

A principios del siglo XIX, se instituyó de una manera formal y definitiva el ceremonial de la Cofradía de la Aurora. Consistió éste en reunirse a las doce de la noche del sábado anterior a la fiesta de precepto, en que por obligación habían de asistir a la misa y en la casa del "jefe campana", la "cuadrilla de auroros", marchando después a la casa de los mayordomos y cantando una salve a cada uno de ellos. Media hora antes de celebrarse la misa, habían de encontrarse todos reunidos, en la puerta del convento de las Claras, esa murciana maravilla que quizás, lamentablemente, desaparezca arrebatada por un verbo cuyo infinito tiene nostalgias latinas: urbanizar.

Desde las Claras hasta Santo Domingo iba la procesión solemnemente presidida por el Sacerdote que luego oficiaría, y por el estandarte de la Cofradía. En el centro, un mayordomo portaba un farol de grandes dimensiones, al que rodeaban, símbolo de los misterios del Rosario, otros quince faroles más pequeños. Llegados a la iglesia y revestido el sacerdote, comenzaba la misa entonando todos el cántico "Sacerdote, Ministro de Cristo".

De la vieja y bellísima Cofradía de la Aurora, cuánta poesía en las salves cantadas por las sendas de la huerta, junto a orondas moreras, bajo limoneros en flor, a la orilla de azarbes susurrantes!, sólo nos quedan algunas "campanas de Auroros", que luchan, casi sin ayuda de nadie, por conservar la dulce y trascendente salmodia de sus oraciones.

Una de estas "campanas" fue la de Monteagudo.

En un autocar del Ministerio del Aire nos fuimos a Madrid. Alguno de los "Auroros" no había hecho en su vida, más viaje que de Monteagudo a Murcia. Tan cierto es, que uno de ellos, el tío Patricio, murió al poco tiempo porque, según dijeron, "se le habían recalentao los pies". Vino a Madrid con abarcas de goma y el calor del asfalto en el agosto castellano, le fue mortal.

Cien anécdotas penden aún en el recuerdo del viaje. Alguna va a saltar, aquí, a la luz de esta charla, en justificación de la paradoja de estos hombres elemen-

no planem and mark in containing at

tales, rudos, que se transformán cuando cantan y hacen de sus voces, normalmente oscuras, arpegio y oración.

in the latest of the statement is many provided a second

Cuando llegamos a Madrid nos habían reservado habitaciones en el Hotel Internacional. Era el tiempo dramático en que en España aún existían las cartillas de racionamiento y cada español partía con los demás su hambre y su pan. En los hoteles ponían sobre la mesa, a las horas de comer, el medio panecillo de ración, pero, artilugio psicológico, los hoteleros inventaron cortar el pan "al biés" para que pareciera más grande la porción que a cada uno correspondía. El tío Patricio, que fue en aquel viaje gracia permanente, se quedó mirando al pan y al camarero del comedor, con un aire de duda tremendo. Más bien, con irónica e insistente interrogación en los ojos. El mozo de comedor, enfundado en su "frac", obsequioso, se acercó al tío Patricio. "¿Desea algo el señor?", demandó. Y el tío Patricio, cachazuda y lentamente, respondió, señalando el minúsculo trozo de pan: "No; que digo yo que esto será "pa" un cepo, ¿no?".

Al día siguiente, fuimos a los "Estudios Laffon-Selgas", donde se habían de grabar las canciones en "banda sonora", porque la cinta magnética se había acabado en otras impresiones anteriores. Nos recibieron unos ingenieros amables, y nos pasaron a un gran estudio tapizado en fieltros oscuros. Tras una amplia y detallada explicación del sistema de impresión, vino la advertencia de que cuando una determinada luz roja se encendiera, en sustitución de otra verde, debían comenzar los "Auroros" a cantar. Un timbre de atención, la luz roja encendida, pero sólo el más absoluto

coming ray with him drawest if his welve.

y la cultura, en una sencilla y admirable entrega a gentes de todo el universo.

La señora de Starkie nos invitó a almorzar, llena de entusiasmo. Y allá nos fuimos todos, a "Botín", a comer lechón asado. Y ya en la mesa, mientras el cochinillo era regado abundantemente con un valdepeñas tibio, don Cayetano Alcázar, gran barroco, herencia de sus tiempos de cátedra en nuestra Universidad, comentó con la esposa del hispanista inglés: "Mire, mire a estos hombres del Sureste español. Parecen de barro cocido. Pero sobre todo, tienen un ingenio... Su agudeza es impresionante. Yo tengo la seguridad de que si usted pregunta algo, le responderán con una contestación genial, imprevista..."

La señora de Starkie demandó al tío Patricio, cercano a ella, con alguna letra agarrada a su laringe: "Tío Patricio, ¿qué me dice usted?" Y el tío Patricio, que en aquel precioso y preciso momento, hincaba el diente a un "cacho" de dorada y crujiente espalda del lechoncillo, mientras la grasa resbalaba por las comisuras de sus labios, levantó los ojos, la miró asombrado y contestó: "Qué quié usted que diga... pos aquí, comiendo". En la respuesta hubo intercalado algún sonoro vocablo regional, que provocó risa en todos y la duda en la señora de Starkie, que no llegó nunca a comprender, si la contestación encerraba todo el ingenio y la agudeza anunciada.

Pero, dejando a un lado la gracia y la desgracia del tío Patricio, puedo asegurar que el anochecer de verano en que nos vinimos de Madrid, mientras cruzábamos las parameras de la Mancha, esas tierras que no tienen horizonte, por donde otrora Don Quijote atravesara; los campos de pan llevar de Quintanar de la Orden, de Mota del Cuervo, del Pedernoso, hubo un momento, mientras los "Auroros", incansables cantantes, dominaban el monótono rumor del coche, y llevaban sus voces aún más allá del infinito, en que yo me sentí más cerca del cielo.

Como buena semilla que los hombres de Monteagudo lanzaran en tierras de cebada y trigos, quedaron por la llanura, las salves a la Virgen; "a la Sacratísima María, de la Aurora titulada".

"Sois rosa de Jericó esplendente luna bella, la casta y pura doncella, que parió y virgen quedó".

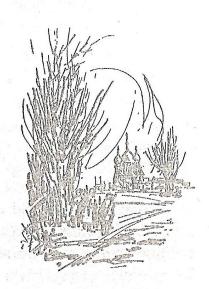
Y las "correlativas" insistidas, "ya el destino se cumplió", como queriendo grabar, indeleblemente, en sus almas, el dramático final del Hijo del Hombre.

Comprendo, que el ambiente propicio es necesario a las manifestaciones del espíritu. Que los "Auroros" no llegan a comprenderse si no es sintiendo en las entrañas el escalofrío de su lenguaje musical, casi arcangélico, a la vez que el rocío del alba empapa nuestras ropas. Que las salves de "la despertá" necesitan el maravilloso tornavoz de este valle murciano, encerrado entre montañas azules. Y que las "correlativas", cuya letra violenta y dramática ha sido montada posteriormente, sobre unas notas de vibración larguísima y agotadora, no pueden entenderse bien, si no es Jueves Santo, a la puerta de la iglesia de Jesús, mientras los leños tallados por Salzillo se estremecen de angustia.

Pero, aquel atardecer de la Mancha...

Para mí, serán inolvidables, unos y otros temas musicales; voces de hombres de mi tierra, duros, enteros, tostados de sol, de plenilunios, labradores huertanos, cantando, mientras el poniente sol alargaba las sombras de los chopos, por Cuenca y Albacete, hasta hacerlas más largas que el ensueño.

MURCIA EN LENINGRADO. LA DIVISION AZUL



Aún, otra tercera vez, a la que al comienzo me refería, he sentido vibrar el alma oyendo música murciana. Estábamos en Podvereje, un pueblo ruso, a la orilla misma del camino que lleva a Leningrado.

El invierno era feroz, y desde hacía meses tiritábamos de frío. Un frío nervioso, que producía dolor, que nos acongojaba, como si la mano de un gigante nos estuviera apretando, sin compasión, en los riñones. Todo el paisaje era una mancha blanca, aterciopelada, de suaves ondulaciones.

La guerra y un frío, recalcitrante y permanente, evitaban que la contemplación resultara deleitosa.

Todos los días, todas las noches, en cada minuto, la nieve, con una monotonía insoportable, caía una y otra vez, sin parar nunca.

A nosotros, mediterráneos, gozadores de esta tierra y este clima, que a mí me han hecho suponer, alguna vez, que el Dios Creador del Universo tuvo una sonrisa especial para el Sureste en el principio del tiempo, cuando con su dedo omnipotente iba dibujando los mares y las tierras, y soplando los vientos, y prendiendo de fuego los soles; a nosotros, hombres de sol y de siestas, parece que la nieve, por extraña y casi desconocida, nos produce, en las raras ocasiones en que ha decorado los rincones de este huertano comijal, la alegría de un espectáculo brillante y luminoso. Tal vez sea así.

Pero la nieve rusa, esa nieve que hace blanco el día y la noche blanca, y blancos los caminos y las casas Estábamos en Podvereje, un pueblo ruso, a la orilla misma del camino que lleva a Leningrado.

El invierno era feroz, y desde hacía meses tiritábamos de frío. Un frío nervioso, que producía dolor, que nos acongojaba, como si la mano de un gigante nos estuviera apretando, sin compasión, en los riñones. Todo el paisaje era una mancha blanca, aterciopelada, de suaves ondulaciones.

La guerra y un frío, recalcitrante y permanente, evitaban que la contemplación resultara deleitosa.

Todos los días, todas las noches, en cada minuto, la nieve, con una monotonía insoportable, caía una y otra vez, sin parar nunca.

A nosotros, mediterráneos, gozadores de esta tierra y este clima, que a mí me han hecho suponer, alguna vez, que el Dios Creador del Universo tuvo una sonrisa especial para el Sureste en el principio del tiempo, cuando con su dedo omnipotente iba dibujando los mares y las tierras, y soplando los vientos, y prendiendo de fuego los soles; a nosotros, hombres de sol y de siestas, parece que la nieve, por extraña y casi desconocida, nos produce, en las raras ocasiones en que ha decorado los rincones de este huertano comijal, la alegría de un espectáculo brillante y luminoso. Tal vez sea así.

Pero la nieve rusa, esa nieve que hace blanco el día y la noche blanca, y blancos los caminos y las casas blancas, y el sueño blanco y blanca la vigilia; esa nevada que lo cubre todo, termina por hacerlo a uno pequeño y minúsculo y por quitarle, casi, la razón y el claro juicio.

Así era Podvereje, camino de Leningrado.

Yo era enlace. Cada día, las necesidades del servir como soldado, me hacían ir de una a otra posición, bastante lejanas, al otro lado de un inmenso campo de aviación abandonado, donde estaban mis camaradas murcianos, a llevar una orden del capitán.

Y cada día, había que inventar caminos, borrados la noche antes por la nieve, sin posibilidades de referencia en un cielo sin sol, en un horizonte casi absolutamente plano. Un enorme silencio lo envolvía todo. Un silencio blanco, espeso, tangible.

Los pies se hundían en el tapiz de nieve y trabajosamente se buscaban el destino y la esperanza.

Alguna vez, un cañonazo lejano o un tiro desde las posiciones de enfrente, atravesaba el silencio, suspendido en el aire.

Entonces, uno se paraba a escuchar, queriendo oir algo, y sólo el lento, despacioso, depositarse de los copos en el suelo, daba a la imaginación la sensación de un sonido de largas "eses" arrastradas.

Era una soledad depresiva, una ingente quietud, un silencio casi cósmico.

Uno de estos días, particularmente quieto, en el que yo había hecho mi camino, mientras dudaba si el puesto del capitán O'Connor estaba aún más a la izquierda de lo que determinaba mi brújula, y mientras consideraba también la doliente tragedia que supondría quedarse tendido en aquella inconmensurable soledad; cuando ya un frío nervioso, comenzaba a correrme por la espalda; cuando un miedo irracional, me empezaba a producir esa inquietante, desesperante, sensación de absoluto abandono en que el hombre se siente a veces; cuando, por un momento, yo me creí perdido en la inmensidad de toda la nevada geografía; bajo el blanco cielo, una voz amiga cantó "En la huerta del Segura..."

Y estaba allí mismo, a mis pies, a mi lado, rozándome casi, en su chabola subterránea, camuflada, desdibujada por la nieve, que el miedo no me había dejado ver.

En un tránsito velocísimo, se vinieron a mi imaginación y a mi memoria todas las huertas de Murcia, y el viejo río, y el Malecón, y la alta torre de la Catedral.

Murcia entera, despierta, clara, sobre estos ejes de coordenadas que son Platería y Trapería, estaba allí, en la canción de aquel muchacho. Murcia, que es naranja y flor, juncia y acequia, permanente primavera, estaba allí en "la Parranda".

Aquel soldado, que murió luego de un tiro perdido; al que paradójicamente le "llegó la hora" mientras buscaba un reloj de cuco, en un pueblo abandonado, para traérselo a su novia de recuerdo, no supo nunca, cómo su canción murciana, bajo el cielo de Rusia, llevó al corazón de un hombre, a mi propio corazón, una de las mayores y más intensas alegrías de mi vida.

Gracias al Orfeón "Fernández Caballero", tan magistralmente dirigido por Antonio Acosta en este tiempo, por haberme escuchado.

Que vuestras sonoras voces canten, bajo este cielo inquieto del mundo de hoy, un mensaje de paz y de esperanza. Un mensaje de amor entre los hombres.

Un ardiente mensaje, como el que encierra la ingenua y dulcísima salve carnal, que he oído cantar últimamente, con arte singular, a la "campana de Auroros" de Rincón de Seca:

"Haced con vuestro poder que esté la España tranquila y que conserve la fe."

ESTA CHARLA FUE PRONUCIADA
EN LOS LOCALES DEL ORFEON
MURCIANO FERNANDEZ CABALLERO, EL DIA 1 DE JUNIO DEL AÑO
DEL SEÑOR DE 1967.

